



EL JUEGO DEL BESO.

(Para *El Relampago*).

El vapor caminaba con una velocidad de 12 millas por hora; sobre cubierta y bajo la vela de popa, se veían las sillas que las señoras para mayor comodidad habían traído consigo, y en la parte de proa los pasajeros de segunda y tercera clase cantaban en coro una canción habanera, acompañados por la guitarra que pulsaba admirablemente un andaluz comerciante en henequén.

La mar estaba completamente tranquila y el vapor avanzaba con gallardía canceando suavemente.

La noticia del próximo arribo al puerto de Tuxpan, llenó de alegría a los pasajeros.

La salida con dirección a Tampico se anunció para las dos de la tarde del siguiente día.

Poco después de las once de la mañana y cuando ya la descarga se había efectuado, una filia graciosamente empavesada, llegó hasta la escala, pa-ando a bordo una joven pareja que dos horas antes se había jurado amor eterno al pie de los altares.

El caballero representaba tener 26 años y su compañera casi niña, era el más perfecto tipo de belleza costeña: de ojos negros, boca pequeña é incitante, pecho levantado y formas esculturales, María, que ese nombre llevaba, atraía con una mirada, encantaba con una sonrisa.

Como siempre sucede en los vapores, cuando la travesía es larga, se habían ya formado diferentes grupos que procuraban pasar el tiempo de la manera más agradable.

Solamente los jóvenes desposados no hablaban con nadie, parecían estar hambrientos de soledad y la mayor parte del día lo pasaban en el salón pequeño; él tocando el violín y ella cantando ó acompañándolo en el piano.

Cuántas horas de placer pasamos algunos pasajeros sentados bajo la ventanilla del salón.

Manuel, que tal era el nombre del esposo, era un consumado artista; bajo sus dedos, el arco arrancaba al difícil instrumento notas que parecían lamentos, acordes que semejaban el canto de los bosques de su patria, arpegios divinos sublimemente combinados.

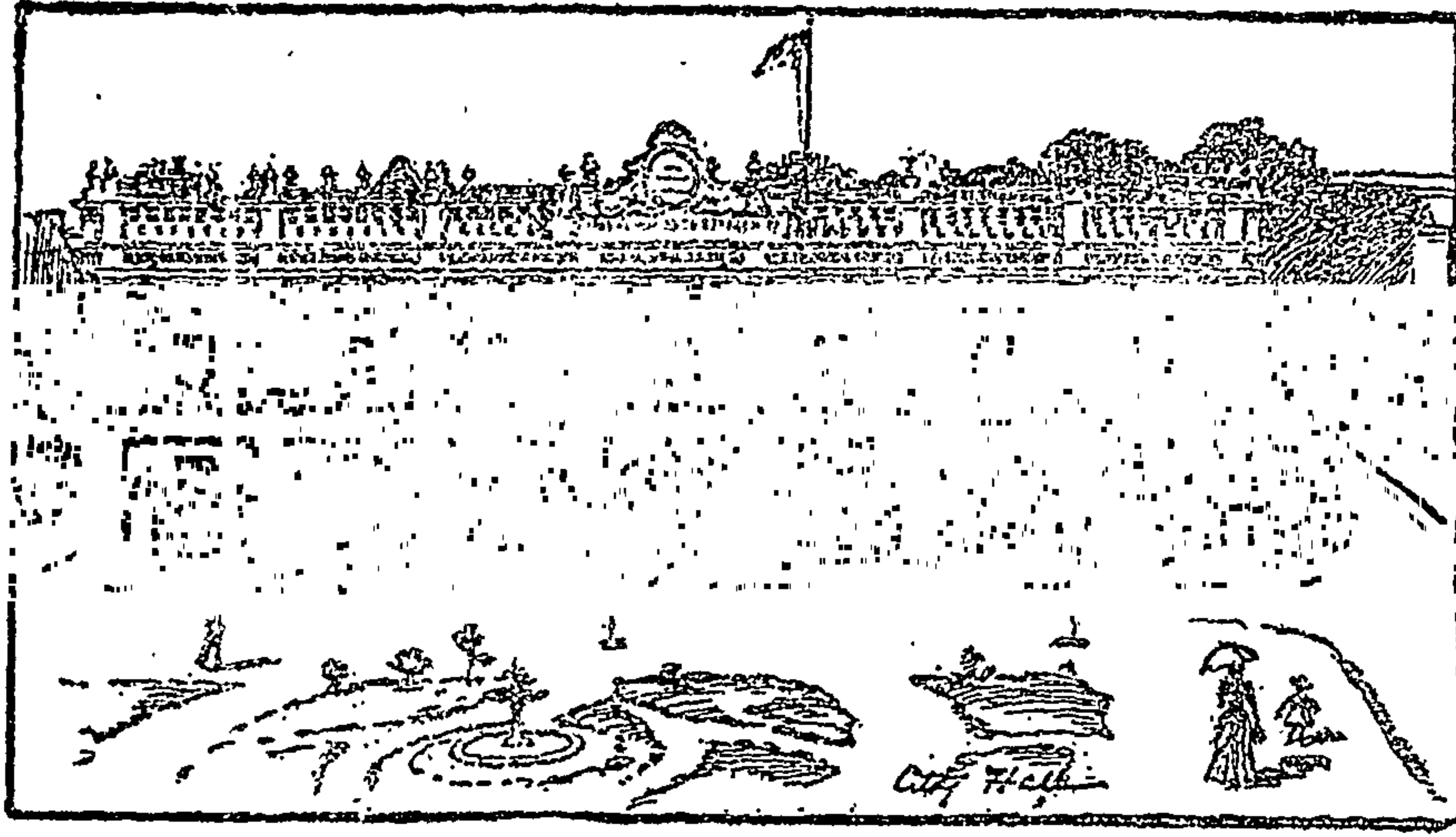
Cuando él terminaba, cuando la última nota producida por el arco, parecía morir llorando, ella se levantaba y premiaba la inspiración de su esposo con un beso en la frente.

Ella por su parte, distraída dejaba jugar sus manos sobre el teclado, y producía dulcísimas melodías; ya parecía el quejido de la tórtola en la enramada, el murmullo de las flores al ser mecidas por el viento, ó el estruendo de la cascada que se precipita con ímpetu.

Eran aquéllos seres dos almas que conversaban con la música, cuando tocaban ambos, no se sabía qué admirar más, si las sublimes notas que de mágico instrumento el arrancaba magistralmente, ó la dulzura y precisión del acompañamiento.

Y así pasaba las horas aquella feliz pareja; él inspirándose en los ojos de su esposa y ella correspondiendo á aquella pasión.

El calor se hacía intolerable; los mozos apenas podían dar á basto para servir los refrescos que les eran pedidos, y por la popa, la mayor par-



Palacio Municipal de Monterrey.

te de los pasajeros se entregaban á la lectura.

Solamente Manuel y María, que parecían estar deseados de soledad, se habían colocado á la entrada del salón, sin hacer aprecio á los demás pasajeros, ni mostrar temor alguno por el movimiento que el norte, que comenzaba, imponía al buque.

—Amada mía, decía él, ¿ves esos puntos negros que se deshacen en copos blancos? pues son el fiel retrato de los pensamientos que asaltaban mi cerebro cuando dudaba de alcanzar la dicha que ahora poseo estando á tu lado.

El viento arreciaba, y en el horizonte se veían reventar las olas que abandonaban al viento girones de blanca espuma, y lluvia que se antojaba al algodón en rama.

Las nubes eran arrastradas por el espacio con velocidad y al amontonarse por el O, se confundían con el humo que arrojaba la chimenea del vapor, y que prestaba débil sombra á la toldilla é impregnaba de un acre hedor los camarotes de segunda clase.

El ruidoso golpear de la máquina se confundía con el rechinar de las cadenas que desde su departamento movía el timonel de guardia, y con las sacudidas de las paletas del hélice.

María cerró los ojos, mientras su compañero le brindaba fresco con un abanico de palma.

El vapor continuaba su marcha; los oficiales dictaban órdenes para el arreglo del buque, y la marinería sin temor alguno atravesaba las gavias y subía por las escalas hasta dejar cumplida su misión.

María despertó de su somnolencia, y volviendo los ojos hacia donde su esposo se encontraba, sonrió de una manera encantadora.

Dueño mío, única realidad de mis ilusiones, ideal de mis ensueños de niña, dijo ella; ¿podrías contar las perlas de agua que arrebató el viento? pues tampoco es posible contar las vidas, que si pudiera, daría por conservar tu amor.

Él sonreía de felicidad cada vez que su esposa le dirigía la palabra, y ella se ruborizaba ligeramente.

Los pescados voladores se levantaban momentáneamente, y sobre el fondo azul de las aguas semejaban mari osillas que jugueteaban en un campo vírgen.

María levantaba graciosamente los rizos de cabello de ébano que caían

sobre su frente y él besaba con pasión la mano que su amada le aban donaba.

El cielo principió á entoldarse; negras nubes ascendieron por el horizonte y las maniobras de á bordo se multiplicaron.

El Capitán con los anteojos de larga vista en la mano, se paseaba precipitadamente y daba órdenes con una bocina.

El primer piloto mandó cerrar los botafuegos y los pasajeros aterrorizados pasaron al salón.

Solamente María y su esposo continuaron sobre cubierta, lo cual llamó la atención de todos.

El balanceo del buque era tan fuerte y el viento había arreciado tanto, que el primer piloto temiendo ocurriese alguna desgracia, hizo pasar al salón á la enamorada pareja.

Entonces él la preguntó. ¿Quieres María distraerte? Juguemos un rato.

—Y ¿qué apostamos? dijo ella, pues un juego sin interés no tiene gracia, y entre nosotros no hay nada que perder.

—Un beso, contestó él. Tomó las cartas y el juego principió, siendo ella la afortunada.

Págame, le dijo, y él con la felicidad retratada en el semblante, depositó en la mano de ella un apasionado beso, cuyo eco fué apagado por un trueno y una voz que gritó: ¡Un hombre al agua!

Todos los pasajeros sosteniéndose trabajosamente contra los muebles, se acercaron á las ventanillas de babor, pudiendo contemplar á la luz del reflector eléctrico, que estaba en el palo de trinquete, los esfuerzos que cinco hombres, que tripulaban un bote lanzado violentamente al mar, hacían por salvar á un compañero.

Más imposible una ola inmensa en la que parecían estar encerrados los elementos que luchaban sepultó en su seno al infeliz marino.

Al informarnos con el Contador de lo ocurrido, supimos que el naufrago era un joven italiano enviado al buque por el capitán, y que habiéndosele ordenado subir al palo mayor á arriar una vela que reventando las amarras se había desplegado, perdió el equilibrio, cayendo al agua. Este incidente aterrorizó á los pasajeros, que regresaron al salón contemplando á María y á su esposo, que continuaban apostando besos.

Solamente tres personas eran las que abordó no se preocupaban por la tempestad, María y su compañero, y

una cirquera que obligaba á su hija, niña de cinco años, á guardar el fequillo libro, sosteniéndose en un pie sobre una silla.

La tempestad se había desencadenado completamente.

Una anciana protestante leía en voz alta la Biblia; un ingeniero alemán apuntaba cuidadosamente en un mapa el sitio en que se encuentra la Isla de Lobos, y en la que encayó el magnífico vapor «Paris» y Manuel que continuaba apostando besos.

Calmo un poco el tiempo, y María quiso pasar á proa para ver el estado del mar; ambos salieron, contentos, satisfechos, enamorados y se dirigieron al entrepuente.

Pocos instantes después, hirió los aires un grito horrible de dolor, de desesperación, de angustia.

María, caminando en tinieblas, perdió el equilibrio con el cabeceo del buque, y dando un paso en falso, cayó hasta el fondo de las bodegas, cuya entrada se encontraba abierta, por haberse soltado unos lingotes de plomo que venían entre la carga.

Manuel alcanzó un cabo pendiente de una grua, y con esta ayuda se dejó caer.

En el momento, varios marineros con algunas linternas bajaron por las escalas interiores, alumbrando un cuadro horrible.

Cerca de un grupo de lingotes de plomo, se encontraba María con el cráneo desecho por el golpe. Su esposo, puesto de rodillas, procuraba levantarla y la besaba los ojos, la boca, la frente, no recibiendo más contestación que el estertor de la agonía de su amada.

Imposible es describir aquel momento.

El, desesperado, con el rostro y las manos empapadas en la sangre de aquella hermosísima criatura, le antaba la vista al cielo, como pidiendo misericordia; se mesaba los cabellos y volvía á besarla, como queriendo darle su propia vida.

La noticia de lo ocurrido se propagó por todo el vapor, y los pasajeros bajamos á las bodegas.

El sentimiento fué general; por varios rostros se vieron correr las lágrimas.

Solamente un joven con tipo idiota reía estúpidamente, y uno de los mozos intentaba, sin éxito, decir chistes.

Los caballeros nos encargamos de separar de aquel sitio al infortunado esposo, y las camareras levantaron te inanimado cuerpo de María.

Cuatro días faltaban para llegar á nueva York, y el capitán, no obstante las súplicas que por que desistiera se le hicieron, dispuso que se celebrasen á bordo los funerales.

Con excepción de los pasajeros que por la fuerza del temporal, se habían marcado, todos los demás permanecieron sin dormir toda la noche. Unos, velando el cuerpo de María, y otros acompañando al infeliz esposo, que, con la cabeza entre las manos pronunciaba frases sin hilación ni sentido.

Poco después de las dos de la mañana, el tiempo cambió completamente, y el mar se encontraba tranquilo.

El día se anunció espléndido. Los violáceos tintes de la aurora teñían con suavísimos colores la estela que dejaba el buque.

A lo lejos se veían algunos trozos de madera que se balanceaban á merced de la corriente, y en el horizonte algunas olas rizadas parecía que jugueteaban.

Una brisa fresca y agradable hacía girar graciosamente las veletas y balanceaba con gallardía los cabos sueltos.

Se puso á María, por indicación de su esposo, el níveo traje de desposada, se le envolvió en una blanca sábana, atándole á los pies una cuerda, en cuyo extremo interior se ató un contrapeso de hierro.

Triste es siempre asistir á los funerales de una joven á quien sonría la felicidad, pero es indescriptiblemente lúgubre esta ceremonia llevada á cabo en alta mar.

Las reglas establecidas, ordenan que, colocado el cadáver en una sábana, se cierre ésta con doble costura. Se detiene el movimiento de la hélice, después de colocado el vapor con la popa á sotavento.

Al conducir el cadáver de María para el lugar destinado, Manuel tomó el violín en sus manos y comenzó á tocar una balada de Hayden.

El capitán ordenó que los marineros se formasen en derredor del cadáver de María que se encontraba colocado con los pies para adelante, sobre una tabla, y después de dar lectura á una oración fúnebre, cuando ésta terminó, dos marineros levantaron el lado posterior de la tabla, y el cuerpo de María se hundió en las aguas, produciendo al caer un ruido horrible.

Imponente en extremo fué este acto. Desde aquel momento, una gran tristeza se apoderó de todos los pasajeros.

Cuando regresamos al salón, Manuel, encerrado en su camarote, arrancaba á su mágico instrumento, notas que parecían quejas, acordes impregnados de pasión y arpegios que simulaban llanto; el infeliz, loco, encerrado en su camarote, no quería ver á nadie.

El vapor llegó á puerto; el capitán dió noticia de lo ocurrido, entregando á la autoridad los equipajes.

El cónsul de México recibió á Manuel, enviándolo á un *Lunatic Asyle* de una isla cercana.

M. M. C.

BAÑOS DEL

FACTOR

Los más cómodos, más céntricos, baratos, elegantes y bien servidos de la Capital.